

## Ejercicios de tiro para matar fantasmas

La casa de la tía Resu y la nuestra fueron una vez la misma casa, pese a que todo indicara en su parte de fachada un rumbo de la economía distinto o una servidumbre más enconada a las formas arquitectónicas del pasado. Mi bisabuelo estipuló en su testamento la necesidad de levantar un muro medianero desde las habitaciones más sombreadas de poniente, pasando por el patio y el corral con los establos y las porquerizas, hasta la zona ocupada por las cocheras, donde el sol jugueteaba entre los gobenes mohosos de una galera abandonada.

Una noche del mes de octubre en que la tormenta derribó algunos postes del tendido eléctrico y el pueblo permaneció a oscuras durante varias horas, mi padre ordenó que fuera a pedir un cabo de vela a casa de

## La tía Resu

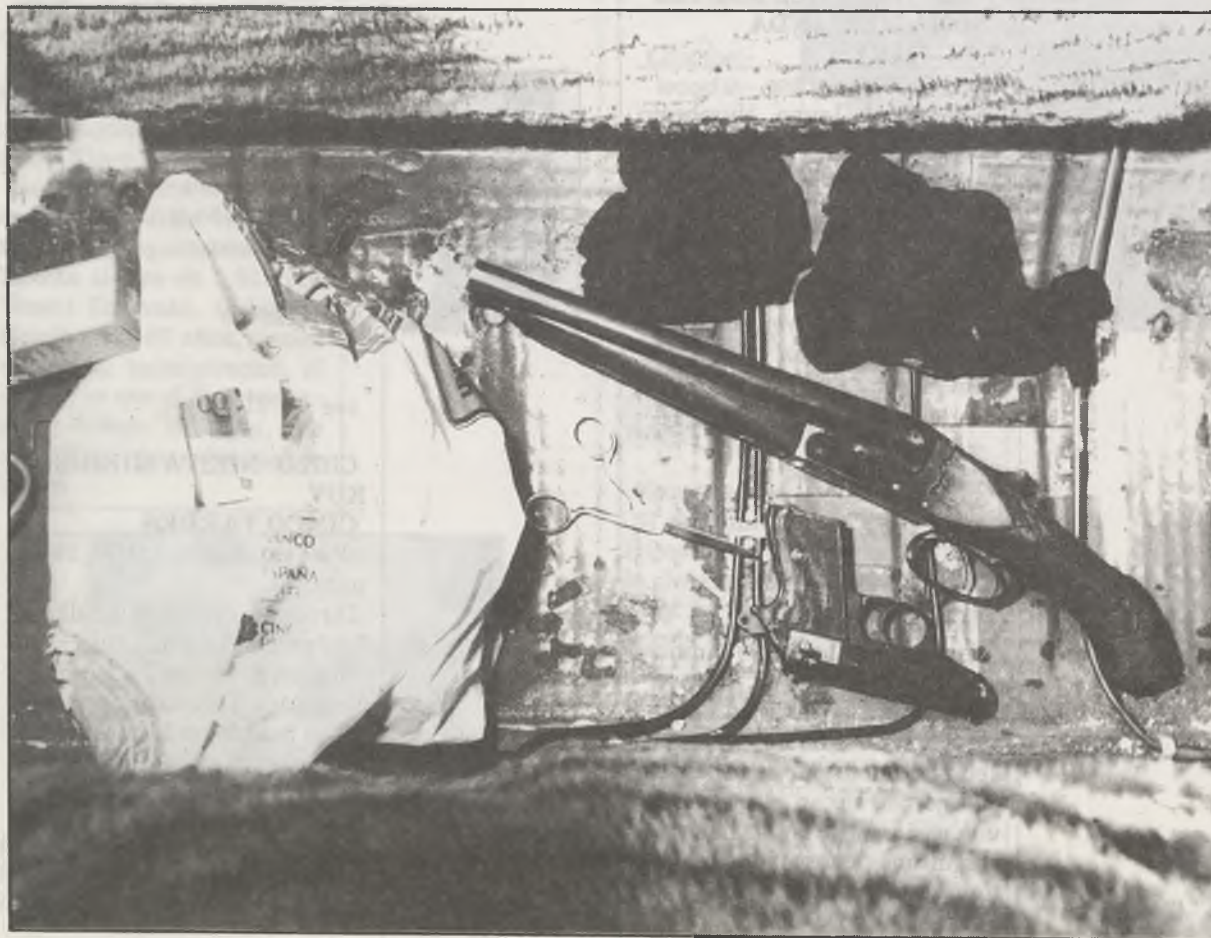
la tía Resu. Dijo "la tía Resu" en un tono bonancible y apagado, pero con un insospechado matiz de contundencia revelador de su disposición a rechazar una eventual protesta o negativa de mi parte.

Nuestras relaciones con ella no habían pasado de los severos adioses en las fiestas luctuosas de semana santa —única vez al año que abandonaba su casa para visitar con paso cansino los monumentos y favorecerse de una identidad de viuda correspondida a los ojos de todos—, y del guiño disimulado de abandono que me lanzaba desde el balcón corrido de su parte de patio, por encima de lo

que en tiempos de su marido y de mi abuelo había sido la gavillera común. Sólo entonces se unía a mi natural indiferencia por su rostro inflado, pálido y habituado a todas las formas inertes del dolor, un matiz de inquietud, una pertinaz coloratura del miedo que tenía su origen en la velada pero imprudente omisión que mis padres hacían de ella. Más de una vez, ante su rostro hermético, inexpugnable y orondo como un membrillo, desnudo de toda expresión que no fuera la de pertenecer a un vago universo, había interrogado yo a los míos sobre la tía Resu, obteniendo siempre la misma invariable evasiva entre el respeto y la prevención. Por eso aquella noche al oír el nombre de la tía Resu en boca de mi padre, cerré las piernas, tratando de acaparar las dulces tufaradas del fuego por última vez. (Continuará)

Francisco Gómez-Porro

## <<El tiro por la culata>>



La pistola, la escopeta de cañón recortado y el dinero que muestra la imagen fueron incautados a Juan Luis Muñoz Calderón de 28 años, y Guillermo Gutiel Muñoz, de 26, tras ser detenidos en Malagón. El dinero procedía del atraco que minutos antes habían perpetrado en una sucursal de la Caja de Madrid en Ciudad Real, en el que sus trajeron más de un millón de pesetas.

Tras el atraco, ambos jóvenes huyeron en un coche, pero fueron capturados por la Guardia Civil gracias a la colaboración presutada por los ciudadanos, según manifestó el Teniente Coronel de la Comandancia de Ciudad Real.